

mas y mas. ¡Qué conducta estravagante é irracional la de su sobrino! Habia oido muchas veces exagerar la terquedad de los cristianos, y ahora comprendia lo que era, á saber: un humor pernicioso que se mezclaba con la sangre del jóven y le inficionaba de piés á cabeza. Merecia otra recompensa, pues habia venido desde su casa guiado por miras desinteresadas y proponiéndose tan solo la felicidad de Agelio; ¿ni qué otra cosa habia de proponerse? Que carguen los diablos con Agelio, si tal es su deseo, pensó; ¿qué me importa que se le prenda como cristiano, que se le ahorque como un perro, ó que se le arroje como un raton muerto en las cloacas de la cárcel? ¿Qué cuidado me dá que sirva de desayuno á una hiena del anfiteatro, á la vista de toda Sicca, ó que le claven en una cruz á la puerta de mi casa para que le devoren las aves de rapiña? ¡Ingrato! Ningun beneficio me resulta de inquietarme por su porvenir; este no mejorará ni empeorará mi suerte. Nadie proferirá una palabra contra Jucundo; al cual, el suplicio de su sobrino no hará perder un solo parroquiano, ni la compañía de

uno solo de sus buenos amigos. Pero no se puede salvar á nadie contra su voluntad. Acabo de sugerirle multitud de recursos para su bien, y los ha rechazado todos, oponiendo dificultades, como si estas le agradasen. La causa no es otra mas que su abominable orgullo. No se portara peor, aunque le hubiese reñido y echado en cara que era cristiano; pero he evitado cuanto pudiera agriarle. ¡Oh! es un verdadero Tifon, un Encelado en orgullo. Daría las orejas por desembarazarse del cristianismo, pues necesita poseer á Calista, y la trocaria con gusto por su religion; pero antes se dejaria quemar vivo que decir: “He cambiado de fé.” Que recoja lo que ha sembrado. ¿Por qué escitarle mas á que tenga lástima de sí mismo. Bien, Agelio, añadió en voz alta, me marchó.

Agelio, por su parte, se habia entregado tambien á sus pensamientos, afliéndole, sobre todo en aquel instante, el disgusto de haber ofendido á su tio. Le amaba de veras, á causa de su tutela esmerada, de sus muchos actos bondadosos, de los recuerdos de la niñez, y de su simpatía por los buenos rasgos

del carácter de Jucundo. Le debía su educación y su posición respetable; no podía resistir su cólera, y temblaba ante su autoridad; pero, ¿qué había de hacer? Jucundo, del todo extraño á ciertos instintos y reglas que son los principios fundamentales de la religión cristiana, se había desacreditado sin querer, desmereciendo sumamente con él su celo y el objeto que lo provocaba. El tío y el sobrino, habiéndose ofendido mutuamente, padecían de resultas; y Agelio, á quien como mas joven correspondía dar los primeros pasos, si le era posible, para enmendar el error, deseaba hallar algún término medio. Además de su afecto hacia Jucundo, era claro que le impulsaba á obrar así otro motivo. Calista ejercía grande influjo sobre él; y la conversación con su tío le había abierto los ojos, mostrándole que lo primero que necesitaba, en cualesquiera negociaciones entre él y la joven, era la conversión *bona fide* de ésta. No le quedaba duda de que no podía casarse con ella mientras fuera pagana. Nada se oponía á que un romano se uniese á una romana; mas, para unirse á una griega, era indispensable la degra-

dación de los dos contrayentes. Si Calista se convertía, ambos estarían bajo las leyes de la Iglesia Católica; pero, ¿qué fundamento tenía para esperar la realización de tan feliz cambio? ¿Había pronunciado ella jamás una palabra que lo anunciase? ¿No podía una joven de talento representar el papel de Alcesta, cantar los magestuosos versos de Cleanto, improvisar un himno sobre la primavera, ó argumentar acerca de lo *pulchrum* y *utile*, sin sentir ninguna inclinación al cristianismo! ¿Eran señales infalibles de la gracia celeste una voz tranquila y dulce, un aire noble, una fisonomía espresiva y maneras finas y decorosas? ¡Pobre Agelio! estás fascinado; por eso andas buscando un término medio que te reconcilie con tu tío, y le hablas del modo siguiente:

—Veo por tu silencio. Jucundo, que te has enojado conmigo, tú que eres tan bueno. Mi ignorancia tiene la culpa; mi ignorancia de las cosas del mundo. Te ruego me perdones todo lo que ha podido parecerme ingratitud en mi conducta, aunque no la ha habido en mi corazón. Soy aún demasiado joven para considerar las cosas bajo todas

sus fases y prever las consecuencias, y por otra parte, me cogiste de improviso al hablarme del asunto que nos ha indispuerto. Ni un instante negaré que amo mucho á Calista, que mi amor crece á medida que la veo, y se me figura que si comunicases esto á Ariston, él y yo podríamos tratar y entendernos.

Jucundo era de temperamento vivo; mas se calmaba fácilmente, y queria poseer la confianza de su sobrino en la crisis actual; apresuróse, pues, á hacer las paces con él.—Al fin te esplicas como una persona razonable, Agelio, contestó. Hablaré al hermano de Calista, no lo dudes, y le espondré la cuestion de *consuetudo* ó de la prescripcion. Pero no empieces otra vez á arrugar el entrecejo. Quiero decir, que le hablaré del asunto en todos sus pormenores; discutiremos acerca de nuestros intereses respectivos, y te aseguro que nos hemos de arreglar pronto; en seguida le hablarás tú. Ven, muéstrame tus campos, continuó, que yo vea lo que puedes presentar á tu esposa. Es una linda propiedad, ciertamente. Yo sugerí á tu padre la idea de su arrendamiento; me lo has oido referir antes

de ahora con todas sus circunstancias.

Hallábase en Cartago, sin saber qué determinar de su persona, cuando se pusieron en venta los inmensos bienes de Julia Clara. El anciano Didio, que era emperador, justamente ántes de mi época, habia regalado todas sus propiedades á su hija, en cuanto se ciñó la púrpura. La infeliz no las disfrutó largo tiempo, pues Severo se las confiscó todas, no en beneficio del Estado, sino de la *res privata*. Son tan considerables esos bienes en Africa solo, que, como sabes, están á las órdenes de un intendente especial. Por lo mismo, no se pusieron en venta todos de una vez, y se conservó usufructo á los arrendatarios existentes. Marco Juvencio arrendó gran parte de ellos, porque lindaban con sus tierras; pero como marchasen mal sus negocios, y no pudiese pagar el precio del arrendamiento, se convino en arrendar por separado algunos trozos situados en los alrededores de Sicca. Tu principal, Vario, hubiera dado de buena gana algun dinero por estas tierras; pero yo me anticipé. Nada como hallarse en el sitio. El estaba en Adrumetum encargado de una mision del

procónsul. No habia pasado una hora desde que supe se trataba de arrendar los trozos, y ya Hispa habia ido con el aviso á Estrabon. El contrato debia celebrarse en Cartago; él acudió á su antiguo comandante, que interpuso su influencia y todo quedó arreglado.

Me atrevo á asegurar que no hay una pequeña heredad tan linda en toda el Africa, y espero obtener la renovacion del arriendo, aunque Vario hace cuanto puede por impedirlo. ¡Ah! querido Agelio, ¡si se llegase á sospechar que no eres un verdadero romano! Bien, bien... Tranquilízame en el particular, antes de que deje este sitio. Desde que estuve aquí la última vez, has hecho muchas mejoras. Este emparrado es delicioso; no le falta mas que una estatua de Apolo ó de Diana. ¡Ah! detente un momento. ¡Por qué andas tan aprisa? Yo te regalaré estatua que te agradará, de seguro. ¡No la aceptas? Te pido mil perdones. ¡Ah, ah! No te la he ofrecido con ninguna intencion. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué mundo extravagante es este! Ah, ah, ah, ah, ah! Pero te alejo de tus trabajados. ¡Ah, ah, ah!

Y habiéndose compuesto de este mo-

do (así lo suponía) con Agelio, Jucundo se dirigió á su casa, despues de repetir á su sobrino que todo quedaria arreglado en breve tiempo, y que podria hablar á Ariston antes de las próximas Calendas.

## CAPITULO X.

El dia fijado por Agelio para pagar su prometida visita á Ariston, habia llegado. No debe negarse que, en el intervalo, las dificultades del asunto que ocasionaba aquel paso, habian crecido en razon de sus temores. Calista no era aún cristiana, y nada hacia presentir que una proposicion de matrimonio la induciria á cambiar de creencia, siendo su conversion en tal caso bastante equívoca. Sin embargo, el jóven no queria detenerse á pensar en dificultades que estaba decidido á no ver nunca. No: jamas se casaria con una pagana; pero no lo seria Calista; aunque no la habia visto progresar en el camino de la fé, creia firmemente que llegaria á ser cristiana. Lo cual no impedia que si Agelio logra-